

La guerra era como un imán prodigioso que orientaba, por decirlo así, toda la actividad del individuo. No había solución de continuidad en las horas, ni minuto libre para la incertidumbre; cada gesto, cada paso, tenía un sentido, y todos tendían hacia la guerra.

Bruscamente faltó ese impulso único; el primer sentimiento fué una sensación de alivio extraordinario; la alegría colmaba todos los corazones. Parecía que la naturaleza humana no estuviera hecha para recibir y para soportar emociones tan intensas.

La creencia general, al salir bruscamente a la superficie, como un flota-
dor separado del peso que le mantuviera en el fondo del mar, fué que todo iba ya a cambiar instantánea y radicalmente, por un milagro inexplicable y necesario.

La palabra victoria, tanto tiempo invocada en las oraciones íntimas que hacían hasta los incrédulos, había tomado poco a poco una virtud mágica y todopoderosa. Se le atribuía el poder de desgarrar las tinieblas y de hacer la luz. Se salía del infierno, y en